
EL PODER BLANDO: ¿UNA ALTERNATIVA A LA FUERZA MILITAR?

MANUEL R. TORRES SORIANO*

This article gives a critical thought to the "soft power" theory proposed by the American political scientist, Joseph Nye, and the consequences that are likely to occur as regards the use of armed forces in democratic countries.

Its more significant contributions are set forth, as well as what its main limitations are said to be when offering valid explanations for the dynamics of power nowadays.

The most relevant criticisms are aimed to their unconditional hope about the increasing importance this approach will have in future, as well as to the concept of communication that underlies this approach to politics.

INTRODUCCIÓN

La aceleración sin precedentes en el cambio social y político ha sido el origen de una profunda transformación en la manera de entender la naturaleza del poder y sus manifestaciones en el campo de la política internacional. Lo que se consideraba que era el planteamiento definitivo en la organización de grandes colectividades humanas: la consagración del papel del Estado Nación y sus atributos de plena soberanía dentro de sus fronteras y ámbito de intereses, ha sido sólo la antesala de un desconcertante período de transformaciones y desorientación. En el transcurso de poco más de cien años la humanidad ha podido asistir a una verdadera avalancha de escenarios inéditos repletos de interrogantes: la mundialización de la guerra, la proscripción de la misma ante la destrucción que las nuevas armas ofreció al mundo, la exaltación del idealismo en las relaciones entre Estados, el resurgir del expansionismo ideológico, de nuevo la guerra total llevada, esta vez, hasta extremos apocalípticos, la institucionalización del multilateralismo, la política de bloques, las estrategias nucleares, el fin de la Guerra Fría, el ascenso y consolidación de un único imperio global, los procesos de integración política, la globalización, etc.

Numerosos comentaristas coinciden en señalar que nos encontramos, de nuevo, en uno de esos episodios históricos de incertidumbre que necesita ser entendido y clarificado. El rasgo característico que define las relaciones de poder

* Profesor de Ciencia Política de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, España. Ha sido investigador del Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad de Granada y Visiting Fellow en la Universidad de Stanford, California. Ha obtenido el Primer Premio Nacional de Fin de Estudios Universitarios en Ciencia Política, el Premio de Investigación y Ensayo de la Universidad de Granada y el Premio "Francisco Moreno" al mejor artículo concedido por la Armada española.

entre Estados y colectividades humanas en la época actual no es la reacción ante una suma descontrolada de peligros latentes tales como la proliferación nuclear, el auge del nuevo fanatismo terrorista, la degradación medioambiental, el crimen organizado, las guerras de desintegración estatal, etc. La gravedad de dichas amenazas en ocasiones puede llegar a oscurecer la evidencia de que la primacía de la información es la columna vertebral que explica las relaciones de poder y dominación en el escenario global. Esta “nueva lógica geopolítica”¹ que supone la generalización de las nuevas tecnologías de la información y la emergencia de una sociedad global interconectada y dotada de la capacidad de acceder a cantidades ingentes de información, no ha escapado a la curiosidad y a la reflexión de numerosos investigadores y pensadores que han tratado de escudriñar las claves de este nuevo desafío intelectual.

Constituye el propósito de este artículo realizar una exposición crítica sobre una de las más sugerentes de estas propuestas: la formulada por el profesor de la Universidad de Harvard Joseph S. Nye a través de su concepto de poder blando (*soft power*). Trataremos de enunciar de manera sintética cuales son las principales aportaciones de esta teoría, cuales son sus consecuencias en torno al uso de la fuerza militar, pero ante todo señalar cuáles son las que consideramos sus principales limitaciones a la hora de aportar una explicación convincente sobre las dinámicas del poder en la era actual. Finalmente formularemos una serie de sugerencias de cómo debe ser reinterpretado este enfoque para maximizar sus elementos más valiosos y útiles.

PODER BLANDO COMO PODER DE FUTURO

Para este académico norteamericano su concepto se puede sintetizar en la capacidad de “lograr que otros ambicionen lo que uno ambiciona”.² Joseph Nye elabora su concepto en contraposición a la concepción tradicional sobre el poder o poder duro (*hard power*), aquella visión que apuntaba a la fuerza militar, la capacidad económica y las potencialidades que se derivan de ellos como la expresión más genuina del poder de un Estado. Frente a esta perspectiva que reduce el poder a elementos claramente materiales, cuantificables, procedentes en su inmensa mayoría de la iniciativa política y sometidos a su control directo, Nye resalta

1 Según el analista norteamericano Martin Libicki: cada nuevo medio tecnológico ha conllevado una nueva lógica geopolítica. En la medida que la importancia de ese medio aumenta, no sólo domina al antiguo sino que también lo llega a transformar. Este autor cita diferentes ejemplos históricos: con la invención del uso bélico del avión, Gran Bretaña pudo ser atacada directamente desde Europa, anulando la lógica del poderío marítimo. El mismo medio dominó la campaña estadounidense contra Japón. Cuando los misiles balísticos hicieron del espacio exterior un medio del conflicto, ello permitió que tanto EE.UU. como la URSS. se amenazasen directamente, y este factor dominó la confrontación de las superpotencias a lo largo de Europa. Libicki no duda en señalar que las potencialidades de esta nueva sociedad caracterizada por el acceso generalizado a la información había generado una nueva lógica que aún está por definir y sistematizar. Véase: LIBICKI, Martin, “*The Emerging Primacy of Information*”, Orbis, Spring 1996, pp. 261-276.

2 NYE, Joseph S. Jr. *La paradoja del poder norteamericano*, Taurus, Madrid, 2003, p. 30.

la existencia de otra serie de factores inmateriales, no siempre controlables por el entramado gubernamental, y que sin embargo son capaces de contribuir tanto o más que la presión militar y la coerción económica a la consecución de los objetivos marcados por una nación. La popularidad de la producción artística, musical y cinematográfica de un país, su prestigio científico y educativo, su atractivo turístico, su capacidad para exportar modas y tendencias, la calidad de vida, su gastronomía, etc. son elementos cuya capacidad de movilización de voluntades sigue una línea ascendente. Se trata de una forma indirecta de ejercer el poder donde: *“Un país puede obtener los resultados que desea porque otros países quieren seguir su estela, admirando sus valores, emulando su ejemplo, aspirando a su nivel de prosperidad y apertura”*.³

A pesar de la capacidad de un Estado para potenciar sus recursos disponibles de poder blando, en gran parte este poder es un subproducto social y económico, más que un resultado de una acción gubernamental oficial. Su origen se encuentra en la confluencia de un número ilimitado de actores que a través de sus acciones son capaces de originar un producto beneficioso para el conjunto de la sociedad sin que medie a priori ningún elemento de coordinación.

El concepto de poder blando es ante todo una propuesta para lograr la perpetuación de la hegemonía norteamericana, y no puede ser entendido sino se tiene en cuenta esta finalidad. En este enfoque subyace una clara apuesta por las capacidades innatas de las sociedades abiertas y democráticas para seguir aumentando sus recursos de poder, sin que pretenda convertirse en una teoría universal de cómo cualquier país puede incrementar sus poder independientemente del ideario que sustente su régimen político. Según esta visión, la democracia como forma de organización política es un enorme recurso de poder blando debido a su popularidad y superioridad moral sobre el resto de sus competidoras. De ahí que los países que probablemente aumenten este tipo de capacidades en plena era de la información sean aquellos cuya cultura e ideas se hayan más próximos a las normas globales, aquellos que dispongan de mayor acceso a los canales de comunicación y aquellos que posean una credibilidad creciente gracias a sus actuaciones tanto en asuntos domésticos como internacionales. El prestigio se convierte en un elemento trascendental para que cada Estado pueda lograr sus objetivos. La política se convierte en un concurso de credibilidad competitiva, los gobiernos compiten entre sí y con toda otra serie de actores políticos para aumentar su credibilidad y debilitar la de sus adversarios. Nye no duda en señalar que todos estos elementos señalan a Estados Unidos como el gran beneficiario de estas tendencias.

Sin embargo, este autor es consciente del cierto idealismo que entraña su análisis y de que su concepción del poder es una tendencia de futuro, que en la ac-

3 *Ibidem*, p. 30.

tualidad debe pervivir y complementarse con manifestaciones abrumadoras del tradicional poder duro. Para ejemplificar este razonamiento, Nye apunta al hecho de que en la actualidad el poder está distribuido entre países siguiendo un patrón que recuerda a un complejo juego de ajedrez tridimensional. En el tablero superior, el poder militar es en gran medida unipolar, donde Estados Unidos no encuentra contestación posible. En el tablero intermedio, el poder económico es multipolar, donde no tiene sentido hablar de hegemonía estadounidense, y su país debe aceptar la igualdad con Europa y otros posibles competidores. El tablero inferior es el ámbito de las relaciones internacionales y la información, el poder está ampliamente disperso y los actores son prácticamente ilimitados. En este tablero de importancia creciente no tiene sentido hablar de unipolaridad, multipolaridad ni hegemonía. Nye no duda en recomendar el hecho de que cualquier estrategia política exitosa debe apuntar equilibradamente hacia los tres tableros, sin descuidar las contribuciones de ninguno de ellos.⁴

DEBILIDADES Y OBJECIONES

El concepto desarrollado por Joseph Nye sabe entroncar con una gran tendencia cuya presencia resulta innegable hasta para los más vehementes críticos del politólogo norteamericano: la importancia creciente de los flujos de información, la opinión pública en el contexto internacional y los contenidos inmateriales en el juego político. Se trata de elementos que han servido de base para numerosas reflexiones teóricas, desde aquellas que contemplan una nueva forma de hacer política basada en primacía de los valores, la ética y la actuación en redes,⁵ hasta los que consideran la difusión de códigos culturales y contenidos de información la principal expresión del ejercicio del poder.⁶

Sin embargo, como toda propuesta ambiciosa el concepto de poder blando ha contado con toda un considerable número de detractores.⁷ Para algunos, el poder blando no deja de ser un revestimiento amable al tradicional ejercicio del poder “más duro” por parte de las grandes potencias. Para otros ni siquiera es poder, sino simple ideología presentada de manera eufemística. Algunos autores consideran que el *soft power* no es un tipo de poder, sino una percepción por parte de la población sobre la legitimidad de un recurso de poder, de manera que hasta una intervención armada puede ser percibida como blanda siempre y cuando exista una amplia aceptación social sobre sus fines y conveniencia. Y finalmente, para algunos dirigentes políticos que debería verse directamente aludido por los plantea-

4 NYE, Joseph. “EE.UU. no puede lograr unilateralmente sus objetivos”, *El País*, 24 de marzo de 2003.

5 ARQUILLA, John & RONFELDT, David. *The emergence of Noopolitik*, Towards an American Information Strategy, Rand, Santa Mónica, 1999.

6 CASTELLS, Manuel. *La galaxia Internet*, Areté, Barcelona, 2001.

7 Un repaso de lo que son las principales críticas a esta teoría se pueden encontrar en: NOYA, Javier. “*El Poder Simbólico de las Naciones*”, Documento de Trabajo N° 35/2005, Real Instituto Elcano. <http://www.realinstituto-elcano.org/documentos/209.asp> [Accedido en agosto de 2005].

mientos del profesor de Harvard ni siquiera es una propuesta que merezca la pena ser tenida en consideración.⁸

No es objeto de este artículo hacer una revisión en detalle de cuáles han sido las principales críticas al enfoque del autor norteamericano, en cambio se pretende ofrecer desde una perspectiva constructiva una serie de reflexiones sobre cuales son, a juicio del autor, sus principales limitaciones a la hora de resultar efectivo como paradigma que guíe las orientaciones de política exterior de un Estado.

La primera crítica se puede realizar en torno a aquella premisa que lleva a este autor a asumir de manera incondicional un auge creciente de la importancia del poder blando. Serían, para este profesor, motivos suficientes para respaldar la afirmación de la incesante expansión de las tecnologías de la información y el establecimiento de una genuina "aldea global" fundamentada en la posibilidad de que las diferentes sociedades a lo largo y ancho del planeta tengan un acceso ilimitado a la información y puedan nutrirse de los mismo canales informativos, reduciéndose de esa manera el desconocimiento mutuo y la incomprensión cultural. Sin embargo, la capacidad real de que un país, por ejemplo Estados Unidos, influya efectivamente en el resto del mundo a través de una muestra tan evidente de poder blando como sus emisiones televisivas hoy dista mucho de ser una realidad. Existen numerosas regiones a lo largo y ancho del planeta que pueden ser catalogados como auténticas "zonas negras" debido a su impermeabilidad frente al influjo informativo y cultural exterior. En algunos casos los motivos son de estricta lógica económica, en extensas zonas de extrema miseria poseer un televisor es sinónimo de despilfarro cuando la existencia diaria es una continua lucha por la subsistencia alimentaria. No obstante, no es la falta de recursos económicos el principal factor de "oscurantismo informativo" en el planeta, la revolución tecnológica ha logrado el abaratamiento continuo de los dispositivos necesarios para integrarse en la llamada sociedad de la información, no siendo extraño encontrar como en algunos países como las antenas parabólicas forman parte de la arquitectura de barrios y poblados sumidos en la más estrictas de las privaciones. La principal raíz de esta limitación al poder blando se haya en el férreo control informativo que algunos países ejercen sobre su población. Cuando toda influencia exterior es contemplada como una amenaza a la pervivencia en el poder de una clase dirigente, conseguir el aislamiento informativo y cultural se convierte en una prioridad para decenas de dictaduras cuyo único horizonte es la perpetuación.

Las esperanzas depositadas por algunos países en el poder blando se topan con la dura realidad de que este influjo sólo es efectivo en aquellas zonas

8 El propio Joseph Nye cuenta en un artículo como tras hablar sobre este concepto en una conferencia coauspiciada por el Ejército de Estados Unidos en Washington, los periodistas pudieron recoger las impresiones de uno de los oradores de este acto, el Secretario de Defensa Donald Rumsfeld, que tras ser preguntado por su opinión acerca del poder blando, respondió: "No sé lo que significa eso". Véase: NYE, Joseph S. "El poder blando y la lucha contra el terrorismo", *El País*, 28 de abril de 2004.

donde menos se necesita. Sirva como un ejemplo entre tantos otros, el hecho de que en los últimos episodios de tensión política con China, una potencia en alza y en la que reside un 18% de la población mundial, el gobierno de Estados Unidos no tuvo ninguna vía para hacer oír su voz entre 1.200 millones de personas, que sólo recibían los influjos informativos de un régimen totalitario interesado en presentar toda voz ajena como engaño y agresión.⁹

El creador del concepto de poder blando es consciente de las limitaciones que los regímenes dictatoriales suponen en la actualidad para esta concepción, sin embargo no duda en confiar en la importancia creciente de este enfoque basándose en la idea de que estos países deben transitar necesariamente por caminos de apertura y liberalización política si quieren desarrollarse económicamente e incrementar su poder. Una economía como la actual, basada en la innovación y en el intercambio de ideas y conocimiento, exige libertad de actuación para una sociedad que necesita de espontaneidad y ausencia de barreras para ser creativa. Las dictaduras se enfrentan de ese modo a un dilema: si quieren incrementar su poder económico y evitar agitaciones sociales debido a la falta de bienestar material deben relajar progresivamente el control político sobre sus ciudadanos. A medida que se otorga mayor libertad a la ciudadanía esta tendrá más conocimiento de lo que sucede en su entorno y exigirá más apertura y reformas. Una vez que las dictaduras han iniciado el camino de la liberalización política y social, por tímida que sea, la llegada de la democracia se hace inevitable, a pesar de que ese no fuese el objetivo perseguido por su clase dirigente.

Se trata de una concepción muy extendida sobre los beneficios que para la democratización generalizada supone la integración de estos regímenes despóticos en el sistema económico mundial, y sobre la que descansan en gran parte las esperanzas de futuro en el poder blando. Sin embargo, no tiene en consideración dos elementos que, en mi opinión, pueden determinar que las capacidades de occidente de influir “inmaterialmente” continúen estancadas. Una de ellas reside en la perversa lógica que guía las decisiones que puede llegar a tomar cualquier régimen impuesto por la violencia y la coacción. Ante el dilema de elegir entre el mantenimiento del *status quo* y emprender un incierto camino que puede comprometer los privilegios de la elite gobernante, cualquier déspota no dudará en rechazar cualquier medida que pueda comprometer levemente su poder aunque eso suponga condenar al hambre a millones de personas o incrementar las dosis de represión y sometimiento de su población. El otro elemento a tener en cuenta, es la constatación empírica de cómo algunos países han conseguido sumarse al “carro” del crecimiento económico sin que ello les haya supuesto adoptar medidas que hiciesen tambalear su dominio coactivo sobre la población. China, vuelve a resultar, de nuevo, el ejemplo más evidente. Si bien casi todos los analistas coinciden

9 Véase: KAUFMAN, Edward. “A Broadcasting Strategy to Win Media Wars”, *The Washington Quarterly*, 25.2: 2002. pp. 115-127.

en señalar con esos niveles de crecimiento el país asiático se puede convertir en las próximas décadas en una potencia económica e incluso militar capaz de cuestionar el liderazgo norteamericano y europeo. Ninguno de ellos apunta como un escenario probable el que China lo haga convertida en un país respetuoso con las libertades democráticas y los derechos humanos.¹⁰ Las mismas tecnologías que permiten incrementar la competitividad de un país a través del acceso a la información, permiten igualmente perfeccionar y hacer más sofisticado el control que un régimen sin escrúpulos puede ejercer sobre sus ciudadanos. Todas aquellas manifestaciones tecnológicas que se consideran características de esta sociedad de la información tienen una naturaleza esencialmente dual. Pueden servir tanto para dejar constancia y difundir los abusos contra la población, como para impedir desde el entramado estatal hasta el más mínimo brote de disidencia. Incluso Internet, considerado un paradigma del flujo de información sin fronteras y restricciones, ha podido ser controlado por algunas dictaduras a través de una incesante actividad diaria de monitorización de las comunicaciones y bloqueo de las páginas web consideradas “perjudiciales” para la propia población. Ello, en cambio, no les ha impedido utilizar el prestigio asociado a la información independiente “colgada” por “cibernautas anónimos” para establecer nuevas plataformas propagandísticas orientadas hacia el exterior. De este enfrentamiento dialéctico entre aquella faceta de la tecnología que permiten luchar contra la tiranía, y aquella otra faceta que permite su reforzamiento, cabría esperar un resultado incierto. En cambio, la situación de partida no ha sido igual para ambos y los defensores de la libertad en estos países se han encontrado normalmente con una desventaja insalvable.

La siguiente crítica se dirige hacia el concepto de comunicación que subyace en la teoría del poder blando. La lectura de las reflexiones del autor norteamericano conduce inevitablemente a pensar que la comunicación entre personas es básicamente una cuestión de transmisión de contenidos. Si un país cualquiera no ejerce la influencia deseada sobre otro país o colectivo humano la razón se haya en que “su voz” simplemente no se oye o ésta ha sido distorsionada de manera interesada. Sin embargo, las palabras, aunque lleguen en su integridad al destinatario deseado, no poseen por sí mismas una capacidad innata para transformar la conducta o el pensamiento de las personas. La comunicación es un proceso infinitamente más complejo, donde se debe tener en cuenta no solamente el tenor literal del mensaje, sino también el contexto en el que se produce su recepción y ante todo el esquema mental y perceptivo del destinatario.¹¹ Los escritos de Nye a pesar de que advierten de los peligros de ceñirse únicamente a la mera “predicación” y sugerir un amplio uso de los símbolos,¹² no pueden evitar trasladar la hipótesis de la necesidad de saturar de contenidos propios al resto de la comunidad de naciones como

10 Véase: National Intelligence Council, Mapping the global future. Report of the National Intelligence Council's 2020 Project, NIC, Washington, 2004.

11 Véase: MUCCHIELLI, Alex. *El arte de influir*, Cátedra, Madrid, 2002.

12 NYE, Joseph S. Soft Power. The means to success in world politics, *PublicAffairs*, New York, 2004. p. 111.

medio de incrementar el poder blando de un país. Sin embargo, todo mensaje es reinterpretado y adaptado a los filtros culturales y mentales del individuo al que va dirigido. Los efectos persuasivos de una información que de cuenta de una política objetivamente beneficiosa para un tercer país o conjunto de países pueden quedar fuertemente limitados cuando no anulados en función de las asunciones previas que sobre el comunicador posea un determinado individuo. La credibilidad es la característica esencial de cualquier emisor, y cuando esta se niega o pone en duda cualquier mensaje chocará inevitablemente con un muro de negación e incompreensión.¹³ Al día de hoy, por ejemplo, todavía es posible escuchar en los medios de comunicación árabes a numerosos “expertos”, clérigos y profesores universitarios que no dudan en afirmar con la mayor solemnidad las más estafalarias teorías de la conspiración con objeto de negar la implicación de cualquier musulmán en los brutales atentados del 11 de septiembre de 2001.¹⁴

Ha sido recurrente dentro de los gobiernos occidentales, y especialmente estadounidense, situar la causa de la ineficacia de la acción de su diplomacia pública en determinados países, en la labor propagandística de algunos regímenes interesados en culpabilizar a terceros países de su propia ineficacia y corrupción como válvula de escape frente a las tensiones domésticas. De esa manera el mensaje occidental ha quedado lastrado por acción de décadas de manipulación que no han buscado otra cosa que asentar toda una serie de prejuicios y tópicos que unifiquen a las propias sociedades en contra de un deseado enemigo exterior. Si bien es cierto que este razonamiento explica acertadamente parte de lo sucedido, se muestra insuficiente ante la constatación de determinados sucesos que no han hecho sino realzar la complejidad de la influencia y el poder en pleno siglo XXI. En los últimos años, por ejemplo, Estados Unidos ha tenido que hacer frente a la desagradable realidad de que sus emisiones y mensajes continuaban siendo igualmente ineficaces en países, como Afganistán o Irak, donde había desaparecido el “filtro dictatorial” y existía la posibilidad de que el mensaje fuese oído íntegro hasta la saciedad. Sólo en el mundo árabe, en poco más de dos años, Estados Unidos se ha embarcado en tres grandes iniciativas de diplomacia pública: Radio Sawa, y los canales de televisión Al Hurra y Al Iraquiya.¹⁵ Cada uno de estos esfuerzos que fueron diseñados para incrementar los niveles de popularidad de Estados Unidos han

13 Determinadas iniciativas políticas tampoco han contribuido excesivamente a mejorar la credibilidad de un país. Así, por ejemplo, en febrero de 2002, el *New York Times* avanzaba la siguiente exclusiva: como parte de “un nuevo esfuerzo por influir en los sentimientos del público y los gobernantes de los países amigos y hostiles”, el Pentágono había “desarrollado planes para divulgar noticias, probablemente algunas falsas, en los medios de comunicación extranjeros”. Según el Times, lo que había provocado la creación de la llamada Oficina de Influencia Estratégica (OSI) había sido la preocupación de “algunos oficiales de la Administración” ante “la pérdida de apoyo a Estados Unidos en el mundo islámico ante los bombardeos americanos sobre Afganistán”. Después de una semana del anuncio del Times, el escándalo obligó a Donald Rumsfeld a anunciar el cierre de la nueva oficina, aunque el daño a la credibilidad ya estaba hecho. Véase: DAO, James and SCHMITT, Eric. “Pentagon Readies Efforts to Sway Sentiment Abroad”, *The New York Times*, February 19, 2002 y MURAVCHIK, Joshua. “Hearts, minds, and the war against terror”, *Commentary*, Volume 113 Issue 5, May 2002. pp. 25-30.

14 Una nutridísima muestra de estas afirmaciones puede encontrarse en la página web del Middle East Research Institute, dedicado desde hace años a monitorizar y traducir los medios de comunicación del mundo arabomusulmán. www.memri.org

15 Véase: CLARKE, Richard A (Dir.), *Cómo derrotar a los yihadistas*, Taurus, Madrid, 2004, p. 129 y ss.

experimentado unos pobres niveles de audiencia y una credibilidad que en ocasiones no supera a las de algunas emisoras desvergonzadamente propagandísticas procedentes de las dictaduras de Oriente Medio.

Los desalentadores resultados que la costosa campaña¹⁶ de relaciones públicas y mejora del “poder blando” ha cosechado en los últimos años, insinúan únicamente una de las debilidades del enfoque de Joseph Nye, sin embargo, su expresión más contundente se encuentra en algunas de las manifestaciones de uno de los principales problemas de seguridad de nuestra era: el terrorismo global. La esperanza depositada en que el mayor conocimiento del atractivo de nuestra forma de vida, libertades y forma de organización político y social podría generar un movimiento progresivo del resto del mundo hacia la democracia y la paz queda seriamente cuestionada frente a determinados episodios especialmente trágicos. Que algunos de los atentados más cruentos llevados a cabo dentro del territorio occidental como los ataques de Nueva York, Washington, Madrid y Londres fuesen protagonizados por extranjeros, algunos de ellos nacionalizados en el país atacado, que gozaban de una indudable experiencia de convivencia en esas sociedades, conocimiento de sus costumbres y disfrute de su prosperidad y libertades cuestiona seriamente la teoría de la mejora del poder de un país por la mera imitación. La teoría del poder blando difícilmente puede solventar la contradicción que supone apostar por los beneficios que para un país implica que su imagen sea conocida en el exterior por meros impactos informativos, cuando la experiencia directa de esa realidad en algunas personas genera los efectos opuestos. Este enfoque incurre en la simplificación de considerar a las sociedades como bloques monolíticos, capaces de ofertar al exterior un bloque homogéneo de códigos culturales. Sin embargo, cualquier colectivo humano amplio es tremendamente plural, lo que implica que cualquiera de las manifestaciones de este poder blando, sea el sistema educativo, el cine, la cocina, las atracciones turísticas, etc. encontrarán siempre sus primeros focos de contestación y descontento en el interior de la sociedad de origen. Si se plantease un estudio de opinión, en cualquier lugar, donde se dejase al encuestado abierta la respuesta sobre que es lo que considera son los elementos de su país que pueden ser admirados e imitados en el exterior, probablemente nos sorprenderíamos de la pluralidad y diversidad de respuestas.

El enfoque de Nye encuentra uno de sus principales puntos débiles en el excesivo optimismo que deposita en el atractivo de los códigos culturales y en la forma de organización política y social de Occidente y, en concreto, de Estados Unidos. Dicha capacidad de atracción se ha mostrado enormemente efectiva en países que han formado históricamente parte de esta tradición cultural, pero

16 Véase: VAN HAM, Peter. “Mejorar la imagen de EE.UU. tras el 11-S: el papel de la diplomacia pública”, Análisis Real Instituto Elcano N° 85/2003. <http://www.realinstitutoelcano.org/analisis/303.asp> [Accedido agosto de 2005]

que por determinados avatares habían sido desenganchados de la “locomotora occidental”, como por ejemplo aquellos antiguos satélites europeos de la Unión Soviética que han perseguido afanosamente el mimetismo con los países de la Unión Europea y Estados Unidos como método de conjurar los peligros de la involución. Sin embargo, esa misma capacidad de atracción no sólo se muestra ineficaz sino en ocasiones contraproducente cuando trata de ser aplicada a colectivos que no comparten un mismo tronco “civilizacional”. Diferentes tradiciones religiosas, desarrollos históricos contrapuestos, un acusado contraste económico y social pueden ser, entre otras, las fuentes del rechazo a la imitación de un modelo que en ocasiones puede ser contemplado como una verdadera amenaza hacia lo máspreciado de la propia identidad. La fe incondicional en el poder blando debe hacer frente a una paradoja asociada a la naturaleza ambivalente de este tipo de poder: lo que en determinados lugares del planeta llega a ser contemplado como una genuina expresión de modernidad y progreso, en otros lugares es percibido como una muestra agresiva de degradación moral que debe ser rechazada y combatida.

La teoría del poder blando incurre en el error de asumir que la admiración por el desarrollo material y tecnológico de un tercer país, o incluso el propio uso de la misma, tiene una traducción directa en la admiración hacia el modo de organización económica, social y política que posee el país en cuestión. El enfoque de Nye presupone que el reflejo del éxito generará en su espectador (independientemente de su grado de instrucción y situación personal) un sofisticado razonamiento capaz de diagnosticar las causas profundas que generan la riqueza y el bienestar en los otros, y detectar correctamente, a su vez, todos los males y defectos que aquejan al país de pertenencia. Sin embargo, en ocasiones las reacciones son muchos más simples y primarias. Se puede desear un determinado conjunto de bienes de los que se carece, en sí mismos, únicamente por la satisfacción que esos bienes nos producirían, sin que ello suponga el plantearnos una transformación más profunda en nuestro estilo de vida. Sin embargo, más problemático puede resultar el que el deseo por alcanzar un determinado estilo de vida sea el primer paso de un razonamiento que desemboque en un sentimiento de desposesión. Si el esquema mental de un individuo está guiado por la idea de que la riqueza de unos está construida a expensas de la pobreza de otros, como si la existencia de esos bienes que se desean fuese algo dado por la naturaleza, y en los que en su origen poco tiene que ver la mano del hombre, es lógico que el conocimiento del mayor bienestar de unos genere sentimientos de agravio. Los partidarios del enfoque del poder blando como una vía de actuación en política exterior, tal vez no han tenido en consideración que una mayor propaganda de los logros de la propia sociedad, lejos de generar emulación, pueden incrementar los sentimientos de humillación y el deseo de revancha. Con esto no queremos sugerir que Occidente deba adoptar una postura vergonzante de sus propios éxitos, pero sí en cambio, que tenga en consideración determinados mecanismos psicológicos, que son objeto de la acción de ideologías del odio, como la que propugna, por ejemplo, la red terrorista Al Qaeda, que lleva años sustentando un

discurso que sitúa todas las causas del atraso y pobreza del mundo musulmán en la acción concertada de un occidente ansioso de explotar todas las riquezas del mundo arábigo-musulmán.

CONCLUSIONES

El enfoque teórico sobre el poder blando resulta una propuesta esperanzadora por lo que su éxito implicaría en términos de descenso de la conflictividad armada en el mundo y la extensión de la democracia y la libertad. Una extensión sin restricciones de esta visión sobre la política tiene una clara traducción en la pérdida de relevancia de la fuerza militar a la hora de lograr los objetivos de política exterior de cada Estado. Ahora bien, el carácter deseable de los frutos que generaría el éxito de esta teoría no debe hacernos perder de vista cuáles son las principales debilidades de la misma y cuáles los escollos a los que debe hacer frente para convertirse en una interpretación fiable de las dinámicas de poder en la actualidad y en el futuro más próximo. Hemos señalado las que consideramos de más calado: la previsible persistencia de extensas “zonas oscuras” en el planeta totalmente inmunes a esta expresión inmaterial del poder de los Estados, y el concepto simplista que encierra esta teoría a propósito de cómo se produce la comunicación y el proceso psicológico de interiorización de los mensajes que todo individuo recibe.

El poder blando puede ser una teoría con algunas grietas, pero eso no significa que sea una propuesta que deba ser descartada. Contiene valiosas aportaciones, una de ellas, la de haber sido capaz de recoger de manera sintética y clara lo que constituye una de las tendencias claras de los próximos años: el papel creciente de la comunicación y la opinión pública como factor a tener en cuenta a la hora de calibrar el poder e influencia de un Estado. También posee el valor de saber sugerir una nueva forma de hacer política, una propuesta de actuación que no contemple los elementos inmateriales del poder como cuestiones secundarias y anexas a las verdaderamente importantes relacionadas con el potencial económico y el poderío militar. Un novedoso estilo de hacer política continuamente preocupado por unos resultados tan difíciles de sopesar como el prestigio y la simpatía que generan sus actuaciones en el exterior. Una verdadera transformación en la cultura política de nuestras clases dirigentes, quienes deberán ser capaces de dejar de lado sus intereses electorales más inmediatos para enfocar sus mensajes a un público infinitamente más amplio que el de sus posibles electores.

Pero en enfoque del poder blando debe ser muy consciente, igualmente, de dos importantes apreciaciones:

- Una de ellas es su naturaleza ingobernable. De cómo las principales manifestaciones de ese producto que se “percibe” en el exterior proceden de la actuación necesariamente anárquica de una sociedad que en ningún momento actúa movida por el afán consciente de conseguir “atraer”

a otros hacia su modelo de vida. Los resultados de esta actuación son ambivalentes, algunos serán un poderoso elemento de influencia para la actuación del poder político y algunos otros serán un verdadero lastre difícilmente gestionable. La diversidad y complejidad de los “productos” de un entorno social y cultural se verán incrementados, igualmente, por la incontrolable selección que se produce en el exterior de un país sobre que es lo que resulta significativo y que no de una cultura extraña. En ocasiones lo que es despreciado como un producto marginal y de ínfima calidad, por ejemplo, de la producción cinematográfica de un país, es percibido en el exterior como una fiel fotografía de la realidad social y cultural de una nación, reforzando tópicos con nuevas dosis de violencia, frivolidad y degradación moral que poco tienen que ver con la realidad.

- La otra apreciación proviene de la necesidad de integrar esta propuesta teórica con el importantísimo papel que continuarán desempeñando los ejércitos en el futuro. La guerra y la existencia de ejércitos ha sido una constante en la historia humana, y todo hace pensar lo seguirán siendo en los próximos años.¹⁷ Sería por tanto un error minimizar el papel que desempeñarán en la configuración de nuestro futuro.

No obstante, su naturaleza ha sido un fiel reflejo de los valores y modos de organización de cada sociedad. De ahí que la importancia de la vertiente “inmaterial” del poder no deba significar una depreciación de la fuerza militar, antes bien, se hace cada vez más necesario adaptar las fuerzas militares de cada país a los imperativos de una sociedad marcada por la comunicación y la opinión pública. La complejidad creciente del escenario internacional es razón más que suficiente para prescindir de visiones reduccionistas que recurren únicamente a una sola de estas dos manifestaciones del poder. Una estrategia exitosa será aquella que sepa apreciar cómo los ejércitos son en sí mismos beneficiarios y creadores del poder blando que pueda desplegar una sociedad. Su modo de operar e incluso sus capacidades están profundamente condicionados por las percepciones y los valores imperantes tanto en la propia sociedad como en la esfera internacional. De ahí que los ejércitos más poderosos en los años venideros serán aquellos capaces de integrar en su doctrina y funcionamiento la naturaleza dual del poder.

17 A este respecto véase el excelente libro: JORDÁN, Javier y CALVO, José Luis. *El nuevo rostro de la guerra*, Eunsa, Pamplona, 2005.

LAS NACIONES UNIDAS, DE GHALI A ANNAN: BALANCE Y PERSPECTIVA DE TRECE AÑOS DE REFORMAS EN MATERIA DE SEGURIDAD INTERNACIONAL*

MARIANO CÉSAR BARTOLOMÉ**

This paper intends to analyze the United Nation's latest work as a progressive process of advances and updatings, specially with regard to its basic goals: that of achieving and keeping international peace and security. The period chosen for this analysis covers thirteen years, i.e. from 1992 to 2005, and involves the two latest Secretariat General, both of African leadership, the Egyptian Boutros-Boutros Ghali (1992-1996) and the Ghanaian Kofi Annan (1997-2005).

I. INTRODUCCIÓN

Cumplidos quince años de la finalización de la Guerra Fría, la Organización de las Naciones Unidas es objeto de lecturas divergentes por parte de políticos, diplomáticos, analistas, investigadores y miembros de la sociedad civil. Algunos enfoques –los mayoritarios– insisten en la imprescindibilidad del organismo en el camino hacia una progresiva institucionalización del sistema internacional, que erosione su naturaleza estructuralmente anárquica. Estos puntos de vista, cabe aclarar, admiten que en numerosas oportunidades los estándares de eficacia y eficiencia de la organización han sido bajos, e incluso nulos; sin embargo, alegan que la responsabilidad por este estado de cosas recae en los Estados miembros, cuyas decisiones y políticas moldean los rumbos de la institución.

En las antípodas, las perspectivas críticas aseveran que la ONU está reeditando la ineficiencia de su antecesora la Liga de las Naciones; y agregan que, en una suerte de analogía histórica, el desenlace será el mismo que en ese caso, para desencanto de los seguidores de Immanuel Kant y Woodrow Wilson. Con posterioridad a los atentados terroristas acontecidos el 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington (en adelante, “11S”), y sobre todo tras el inicio de las operaciones bélicas de EE.UU. en Irak, las visiones críticas se han visto engrosadas por políticos y académicos estadounidenses, que suelen centrar sus reclamos en el actual Secretario General de la organización, Kofi Annan, juzgándolo ambivalente, irresoluto e hipócrita. Un medio periodístico moderado como *The Wall Street Journal* ha llegado a decir de este diplomático ghanés que “como todos los miembros

* Este trabajo se basa en la ponencia del mismo nombre presentada y expuesta en la II International Relations World Conference (II Conferencia Mundial de Relaciones Internacionales). Agosto de 2005, Buenos Aires, Argentina.

** Graduado y Doctor en Relaciones Internacionales, Máster en Sociología. Ex becario investigador posdoctoral del CONICET. Profesor de la Universidad del Salvador, la Escuela Superior de Guerra, la Escuela de Defensa Nacional y la Universidad Nacional de la Plata, Argentina.